

*La vasta lejanía de Agustín Labrada*¹

Jorge Luis Arcos

La vasta lejanía es el título de este libro de poemas de Agustín Labrada, prologado por el también poeta Emilio García Montiel, quien, por cierto, centra sus reflexiones en torno al tema del viaje. Y es el viaje, sin duda, el centro latente de este intenso poemario. Tema arduo, difícil, como que está en el mismo centro de la tradición lírica insular, porque lo está en las vivencias fácticas o imaginarias de muchos de sus poetas más sobresalientes. Si en las historias de la literatura cubana la historia de la poesía suele comenzar por la referencia a los tres manuales, sobre todo por los poemas contrapuntísticos de Zequeira y Rubalcava sobre la naturaleza, ya convertida en retórica neoclásica, de estirpe grecolatina, y en pugna con la incipiente expresión de otra percepción de la naturaleza, que en realidad no se expresa con verdadera originalidad hasta el *Diario* de Martí, yo prefiero comenzar la historia de la poesía cubana con otro poema de Zequeira, “La ronda”, que es el viaje tanático, la pesadilla nocturna, imaginal más que imaginaria, de un poeta que revelaba desde un principio su secreto anhelo de desidentidad, invisibilidad, con ese viaje simbólico hacia la muerte o hacia la locura donde finalmente recaló. Sí, ese abismo que también nos mira, como diría Nietzsche, está también en los orígenes de nuestra poesía. Desde ese esqueleto que deambula por las murallas de la ciudad hasta ese otro esqueleto con que dialoga Martí en *Versos sencillos...* Emilio García Montiel hace alusión en su prólogo al énfasis que le sorprende a Casal, o a lo casaliano más bien, dentro de las transposiciones simbólicas de nuestra poesía. Pero Agustín Labrada, aunque acaso pertenece, por soterrada vocación existencial, a ese linaje casaliano, expresa de una manera muy diferente su relación con el viaje.

El viaje, en Casal, es el viaje hacia lo otro, hacia un trasmundo. Es, en cierto modo, el vértigo ante el abismo, como en *El demonio de la perversidad*, de Poe. Ya se sabe, el viaje físico es imposible para Casal (“Mas no parto, si partiera, al instante yo querría regresar”, confesó). Impulso que llega a Raúl Hernández Novás: “Ya no basta la vida. Hay que viajar”. Pero ¿hacia dónde? ¿Hacia la muerte? Es el reverso sombrío del viaje.

¹ Agustín Labrada. *La vasta lejanía*. La Habana, Ediciones Unión, 2005.

A Raúl no lo compensaron sus viajes simbólicos, imaginarios, ni esas espléndidas comarcas, a lo John Donne, que creó como en una suerte de geografía visionaria. Raúl terminó embarcándose en *la barca de los locos*, y con su pistoletazo final, rompió la pantalla, la página blanca, el lienzo donde había desplegado sus construcciones imaginarias, para sumergirse en lo otro, lo desconocido, que él añoraba que fuera de nuevo el éxtasis oceánico, el mar amniótico, el origen indiferenciado de la materia primordial, las aguas maternas del origen, y que en realidad fueron las aguas putrefactas del lémamo primordial... Es que Casal y Raúl, como pocos poetas cubanos, tuvieron, padecieron, la vivencia de *lo sombrío*. Aquella que se expresa ya en “La ronda” de Zequeira, y que también, por cierto, visitó a Martí. Agustín, en cambio, está más cerca del viaje como aventura, como fábula posible. Si Martí odiaba el mar, si Casal incluso lo ignoraba, Agustín lo afirma como camino para el viaje. Por eso su Odiseo es también *otro*. No es el Odiseo que escucha “Sólo el mar es tu casa”. Agustín escribe en otra vuelta de tuerca: “No es el mar nuestra casa, aunque nos sea dada la sal todos los días”. Agustín es el Odiseo que quiere regresar a Itaca, el que se convierte en el porquerizo Eumeo. No es Elpenor, que se queda en los infiernos, mi viajero preferido y marginal. Por eso su vivencia más intensa es la recuperación imaginaria de la isla desde la lejanía. Sus visiones son primordialmente luminosas, aunque sus bordes estén como comidos por las dentelladas inevitables, como latentes, de lo sombrío. Por eso recupera la imaginería que le viene de la infancia. Insisto en esto. Cuando a un poeta lo separa de su infancia el mar insondable de lo sombrío, ya esa infancia no puede ser rescatada. Está en otro planeta, un cuarto, un reino, a donde ya no tenemos acceso, como el personaje de Kafka frente al ángel del límite, ante las puertas de la ciudad, como el mendigo ante el umbral... No es, por fortuna, este, el destino de Agustín.

Quiero decir, Agustín hizo el viaje antes de que lo avasallara por completo lo sombrío en su propia tierra, en su propia alma. Por eso no puede ser nunca el expulsado, porque el expulsado ya lo está *antes* en su propia comarca. Agustín sí siente la lejanía, vivencia imprescindible para un poeta. Una lejanía magnífica, digamos, una lejanía dadora de vivencias, una lejanía que atesora eso que Lezama llamaba “riqueza infantil de creación”, como algo que también un poeta debe conservar. Tiene esa dicha Agustín Labrada, dicha sólo ensombrecida a ratos por una enorme nostalgia o melancolía de un paraíso del que no comprende que haya sido expulsado. Agustín tiene entonces la vivencia del poeta del litoral, como le llamó Lezama en su diálogo con Juan Ramón

Jiménez, el poeta que mira en lontananza los “barcos que pasáis en la alta noche por la azul epidermis de los mares”, digo con el conocido verso de René López. Pero no conoció a ese otro que aúlla frente al mar por un destino mejor o peor, mejoría o peoría que, al decir de Juan Ramón, puede ser la muerte, pues Juan Ramón quería para Cuba el poeta que mira, que vive hacia dentro, como signo de madurez. Pobre profecía la de Juan Ramón. Agustín, como tanto poeta cubano, no puede mirar, vivir hacia dentro de su tierra porque correría el peligro de enloquecer. Pero Agustín, en fecunda compensación, conoció en el viaje la plenitud. Todos sus poemas sobre el viaje prestigian ese peregrinaje como dador, aunque doloroso, de conocimiento. Sólo lo acosa a veces cierta extrañeza, pero tampoco hace de ella su tierra prometida.

Me he demorado en estas comparaciones, estos deslindes, porque yo mismo tengo una vivencia muy diferente a la de Agustín. Me ha gustado comprobar, como un ejemplo de la diversidad de registros y vivencias de que se nutre la actual poesía cubana, esa diferencia, ese otro camino posible. Porque no hay que insistir en que la mayoría de los poetas cubanos son ahora mismo -vivan dentro o fuera de Cuba- poetas en fuga o en diáspora, como un universo en expansión, como fragmentos huyendo de su imán. O fluyendo hacia otro imán, como hiperbóreos (es mi caso), o alucinados frente a un dios desconocido, como en el pasaje final de *Las aventuras de Arthur Gordon Pym*. Una expansión caótica, como toda expansión. Una expansión donde se cumple la ley de la entropía. Mientras mayor sea la plenitud (el conocimiento, el orden creado), mayor energía es disipada y mayor desorden se expande por el Universo. ¿Es una expansión suicida? Puede ser, pero por lo pronto muy fecunda.

La poesía de Agustín pertenece, de una manera natural, aunque con sus características singulares, a la llamada poesía de la generación de los ochenta. Ese fue su ámbito formativo. Quiero decir, ya nació su poesía como el testimonio de un hijo diferente. Por eso participa de muchas de las maneras generales, estilísticas y cosmovisivas, comunes a aquella comunidad poética, tan diversa en el fondo. Desenvuelve una suerte de conversacionalismo lírico, con un lenguaje muchas veces regio, suntuoso, en la estela de un Eliseo Diego, o, incluso, de un Octavio Smith -encuentro mucha afinidad en la percepción de la realidad de este último gran poeta casi desconocido con la fábula del viaje de Agustín. Su parnasianismo, que no simbolismo, se amista con la naturaleza. Por eso su deuda con Casal es relativa. Hay la naturaleza atroz, que él no conoce, como esa

naturaleza turbiamente simbólica que avasalló a un Angel Escobar, hay la naturaleza por omisión o imposibilidad (Casal), y hay la naturaleza simbólica, como compensación imaginaria o como imagen de futura plenitud (Raúl). La naturaleza para Agustín es en cierto modo la plenitud posible, aquí y ahora, como para Martí, pero sobre todo porque está en Agustín vinculada a la memoria o en todo caso al légame reminiscente que recupera de su infancia, de ahí que sus imágenes naturales aparezcan como todavía salvadas de “los horrores del mundo moral”. En esto coincide con Kozer, aunque su expresión no sea como en aquel tan manierista. En todo caso su relación con la naturaleza es erótica y sensual y, en el fondo, inocente.

Si una lejanía es vasta ¿es porque es habitable? Puede ser. O tal vez es vasta porque estamos perdidos en ella. No sé. Tal vez. Quién sabe. Esa incertidumbre recorre en todo caso todo el poemario. Pero ¿no es acaso la incertidumbre lo privativo del poeta moderno, hijos como somos -refrendaría el Padre Ciorán, patriarca de nuestra edad caótica- de un Satán revisionista, como aventurara en una ocasión Albert Beguin? El poeta va ofreciendo el testimonio de pequeñas certidumbres, de instantáneas plenitudes. Urde con ellas una historia como quien teje un lienzo, un mapa de un país imposible. No sé porqué me vienen ahora a la memoria estos versos de Smith: “La fiesta a que no somos convidados” y “Destronado fui mientras dormía”, pero sobre todo este, de Rubén Darío: “El reino que no era para mí”. O sí: acaso sea porque ese amargo sabor final es el que prefiero en la vasta lejanía de Agustín Labrada.

Madrid, viernes 14 de julio, 2006